



Uwe Timm

---

ICARIA



# UWE TIMM ACERCA DE ALEMANIA

*Süddeutsche Zeitung* – 2/3 de septiembre de 2017

**Señor Timm, ha escrito usted un libro que transcurre en 1945: *Icaria*. Es la historia de un país completamente destruido y podrido por dentro. ¿Qué recuerdo tiene usted de aquella Alemania?**

La Alemania del 45 era un caos espantoso y total. La destrucción, los muertos, los millones de huidos del este. Cuando acabó la guerra yo estaba en Coburgo, y después en Hamburgo. Por todas partes se veía a aquellos refugiados del este que no eran bienvenidos en ningún lado. Al fin y al cabo la gente apenas tenía suficiente para sí misma.

**¿Qué le fascina tanto de aquella época como para escribir esta novela ahora que ya ha cumplido los 77?**

Guarda relación con los recuerdos, que no se me van de la cabeza. Cuando la guerra terminó, yo tenía cinco años. La mayoría de la gente no se recuerda a esa edad, pero en mi caso es distinto: fue entonces cuando se produjo la ruptura más profunda que uno pueda imaginarse. De un día para otro, todo cambió. Ya no podía decir «*Heil Hitler!*», y tuve que quitarme las insignias de mi padre que llevaba cosidas a los hombros del abrigo. También tuve que dejar de decir «*jawoll!*» y de ningún modo podía chocar los talones. Todas aquellas reglas desaparecieron en 1945. Los adultos habían cambiado, especialmente los hombres. Ya no se veían uniformes, ya no iban por ahí vociferando. De pronto todos estaban callados. Recuerdo a un dirigente de Coburgo, un poderoso nazi, que después ya no era ni una sombra de sí mismo. Barría la cuneta vestido de uniforme mientras los jeeps pasaban a su lado. Y aquel hombre, que ya no era nadie, saltaba una y otra vez a la acera para evitarlos.

**¿Qué imagen tenía de los americanos de niño?**

Me parecían geniales, especialmente en contraste con mi padre, con su disciplina prusiana y su obsesión por el orden. Simplemente su actitud relajada, sus ademanes nada forzados, las manos en los bolsillos. Los soldados americanos olían distinto, no como los alemanes, a servicio militar y tabaco rancio, sino que tenían un aroma fresco, a chicle y cigarrillos buenos, ¡y aquel chocolate! Llevaban uniformes elegantes y suaves de algodón. En cambio cuando mi padre me cogía en brazos, sentía esa tela áspera y de mala calidad que hacía que los hombres alemanes enseguida olieran mal.

**Su padre era oficial de la Wehrmacht; su hermano mayor, sobre cuya breve vida ha escrito un libro conmovedor, estuvo en las Waffen-SS. ¿Qué valores se transmitieron en su casa?**

A mi padre le gustaba ensalzar las virtudes prusianas: valor, orden, sentido de la responsabilidad, obediencia. Todo aquello que después fue tan problemático para los alemanes.

**¿Era estricto?**

Sí. Pero solo me pegó una vez, fue indignante. Yo creía que tenía razón. Tuve una madre muy cariñosa, pero un padre autoritario. Los niños no lloran porque siempre son valientes, eso es lo que me enseñó. Mi hermano también recibió ese mensaje, reforzado por los métodos educativos de los nazis. Sin duda ese fue uno de los motivos por los que más adelante se presentó voluntario a las SS, a pesar de que mi padre no era nazi sino nacionalista.

**Conoció a su hermano solo por lo que le contaron sus padres. ¿Se sintió así más cerca de él?**

Lo intenté durante mucho tiempo. Y me hice muchas preguntas. ¿Por qué se presenta alguien voluntario para matar a otros y dejarse matar? Al final, después de recibir un proyectil de un tanque, le cortaron las dos piernas, y le escribí a nuestro padre que por favor consolara a la familia, sobre todo a nuestra madre. Esa mentalidad obediente de Alemania, la mentalidad militar, me interesa desde que comencé a escribir.

**La novela *Icaria* es otro relato familiar muy personal.**

Efectivamente, está relacionada con el personaje de Alfred Ploetz, un eugenista y teórico racial. Fue el abuelo de mi mujer.

**¿Cómo era?**

Ploetz era comunista en un principio, pero después evolucionó en una dirección muy distinta. Me pareció interesante.

**¿Le pidió permiso a su esposa antes de escribir esta historia tan delicada?**

Hablé con ella, por supuesto. Es traductora, así que hablamos mucho sobre libros. Pero hay que tener la audacia de escribir sobre temas delicados. En casi todas las familias alemanas existen este tipo de lazos. De todos modos no se describe a Alfred Ploetz como un monstruo, es un personaje ambivalente, a diferencia de los médicos de los campos de concentración, algunos de los cuales eran auténticos sádicos. Los científicos como Ploetz habían leído a Nietzsche, creían que era posible crear al *übermensch* mediante la selección, y este interés se fundió con el culto germánico, el culto a lo ario. Entonces, cuando los nazis llegaron al poder, la esterilización voluntaria se convirtió en la esterilización forzosa con supervisión burocrática de los esquizofrénicos, los epilépticos y lo que se conocía como imbeciles, y al final se llegó a la eutanasia.

**En su novela, el joven oficial estadounidense recibe la orden de encontrar a un único nazi consciente de su culpa, que sería el objeto ideal para una investigación. Pero no parece haber ni uno solo en toda Alemania.**

Cuando rememoro mi infancia, se trata de un tema recurrente: esa gente no sabía nada. ¡Pero podrían haberlo sabido! Lo cuento en mi libro *Tras la sombra de mi hermano*: mi madre fue una de las pocas que se hizo reproches más adelante. Porque durante la época nazi tampoco preguntó dónde se habían metido los vecinos judíos a los que se habían llevado un día. Todo el mundo callaba, así que ella también calló.

**«A los muertos hay que dejarlos descansar». En *Tras la sombra de mi hermano* cita esa frase de su madre.**

Sí, pero nunca he sido capaz. Si los dejamos descansar, vuelven en forma de fantasmas. Hay que tener presentes a los muertos para que no sigan merodeando en el subconsciente. Cuando se publicó *Tras la sombra de mi hermano*, recibí muchas cartas de lectores que les habían regalado el libro a sus padres y a sus abuelos, y que estos por primera vez habían hablado de lo que habían vivido en la guerra.

**Su padre decía que un niño alemán no llora. ¿Ha sido capaz de llorar más adelante?**

No. No he llorado desde que tenía doce años, me temo que en eso me parezco a mi padre. Ni siquiera lloré con la muerte de mi madre, a pesar de que me conmovió profundamente. Es una pena porque llorar es un acto liberador.

**¿Cuándo se libró de las ataduras de su educación?**

Con quince o dieciséis años comencé a rebelarme contra mi padre, fue un enfrentamiento muy duro.

**En sus libros ha analizado en profundidad a la generación del 68, sus esperanzas, sus conflictos y sus luchas, también contra la generación de sus padres. Ahora comienza una maratón conmemorativa, se celebra el cincuenta aniversario. ¿Qué ha sido del espíritu del 68?**

La verdad es que estoy algo sorprendido. He leído artículos con mucha sorna acerca de 1967, de los inicios del movimiento estudiantil y de todo lo que sucedió después, sobre todo artículos de antiguos miembros de la



«ALEMANIA, 1945: las ciudades han quedado reducidas a escombros, pero ¿dónde nació realmente el delirio racista? Timm ha creado una poderosa epopeya de posguerra».

*Der Spiegel*

izquierda. Creo que esa época fue muy importante para dar un empujón a la democracia en Alemania. En los colegios, en la industria, en la psiquiatría, en la relación entre ambos sexos: en todos los ámbitos se produjo una liberación que aspiraba a superar las estructuras autoritarias. Me parece cínico que personas que estuvieron implicadas en aquello hoy le resten importancia. Claro que hubo excesos, como por ejemplo con el antiautoritarismo en la educación. ¡Pero el 68 sigue siendo relevante!

**Usted mismo fue miembro del DKP en los años setenta. ¿Dónde residía el carácter alemán de aquel partido comunista?**

Era alemán en tanto que muchos de los miembros de mayor edad habían estado en campos de concentración. Las historias de esos compañeros eran uno de los motivos por los que yo estaba allí. Max Reimann pasó doce años en prisión solo por sus convicciones. Era el relato contrario al que yo había vivido en casa. El problema del DKP era su servidumbre absoluta hacia la RDA. Esa etapa se acabó para mí en 1981, lo dejé. A pesar de que en algunos aspectos no iban desencaminados, por ejemplo en su crítica al capitalismo financiero, que hoy en día ha recuperado la actualidad.

**En 1981 se mudó a Italia. ¿Se sintió allí más libre que en Alemania?**

En cierto modo sí, aunque teníamos muy poco dinero. Era magnífico sentir cierta distancia con Alemania, también el espíritu relajado y generoso de Italia. No existía esa rígida oposición entre derecha e izquierda, esa batalla de trincheras ideológica. Pero de todos modos tenía morriña.

**¿Qué echaba de menos?**

El idioma.

**¿La patria es para usted el idioma alemán, más que Alemania?**

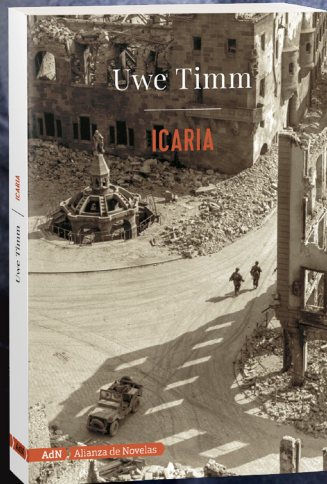
Es una idea muy acertada, el idioma es el lugar donde me siento protegido y seguro. Me pasa lo mismo que a Kafka, que también vivía en su lengua porque era un marginado en Praga, tenía tres pasaportes, había crecido en ese extraño engendro llamado Austria-Hungría. Tras la Primera Guerra Mundial, cuando obtuvo el pasaporte checoslovaco, él seguía sintiendo que pertenecía a la lengua alemana. A pesar de que sabía yidis y checo. Su patria era el idioma, y yo lo entiendo perfectamente.

**¿Significa eso también que cualquiera que haga suyo el idioma puede ser alemán?**

Sí.

**¿También los inmigrantes sirios?**

Bueno, para tener una identidad es importante tener un pasaporte, aunque solo sea para poder cruzar fronteras. Eso lo aprendimos con los exiliados de la época nazi: sin pasaporte estaban perdidos, aislados, su existencia corría peligro, como le sucedió a Stefan Zweig y a muchos otros. Pero para sentirse en casa, la lengua es más determinante. A través de ella se entienden las conexiones de la historia alemana con todas sus rupturas. Creo que eso también forma parte de hacerse alemán. Recuerdo una discusión con un turco que decía: qué más me da a mí el Holocausto, yo no tuve nada que ver, imi padre vino a Alemania desde Anatolia! No es cosa mía. Pero sí que lo es. Porque vive aquí.



14  
JUNIO

**UWE TIMM**  
**ICARIA (ADN)**

Traducción de Paula Aguiriano  
Aizpuria

ADN ALIANZA DE NOVELAS  
14,50 x 22,00 cm  
400 páginas

978-84-9181-095-7  
73455073

€ 18,00



EBOOK 978-84-9181-096-4

UWE TIMM, nacido en 1940, es novelista desde 1971, además de autor de literatura infantil y guiones cinematográficos y radiofónicos. Se cuenta entre los escritores más destacados de su generación y su obra literaria ha sido traducida a más de veinte idiomas. En 2006 recibió el Premio Napoli; en 2009, el Premio Heinrich Böll; en 2012, la Medalla Carl Zuckmayer; y en 2018 fue distinguido con el Premio Schiller, galardón que reconoce carreras destacadas en los ámbitos de la literatura o historia intelectual alemanas.

© GUNTER GLUECKLICH

AdNovelas.com

# Una novela esencial para entender los orígenes del nacionalsocialismo

## ICARIA

Alemania, finales de abril de 1945. Michael Hansen, de veinticinco años, regresa a su país natal como oficial estadounidense y acepta un encargo del servicio secreto: debe averiguar qué papel ha tenido un importante científico en el régimen nazi. Mientras aún se están librando batallas regionales, Hansen sale de Frankfurt en dirección a Baviera y se instala a orillas del lago Ammer. En un anticuario de Múnich conoce a Wagner, un disidente y antiguo compañero de aventuras del profesor Ploetz, teórico de la eugenesia. Este le relata la historia de una amistad que nació a finales del siglo XIX en Breslavia y que condujo a ambos estudiantes a Zúrich y más adelante a América, y que los enfrentó en un debate acerca del mejor orden social: por un lado, el socialismo según Marx, y por otro, el proyecto utópico de la comunidad «Icaria», fundada en Estados Unidos por el revolucionario francés Étienne Cabet. La confesión vital de Wagner pone a Hansen tras la pista del pacto con el diablo que firmó Ploetz con los nazis, así como del destino radicalmente distinto al que se enfrentó el anticuario debido a su oposición ideológica.